



# LA OLA PEI

A Peter Viertel, guionista de Hollywood, se le atribuye haber introducido el surf en la Europa continental en los cincuenta. Y el fotógrafo LeRoy Grannis documentó los inicios y los primeros héroes del deporte. Este reportaje junta la memoria y la pasión de dos pioneros en busca de la marea perfecta. Por **Peter Viertel**. Fotografía de **LeRoy Grannis**.



**DÍA DE PLAYA.** Con sus amplias arenas y sus largas y juguetonas olas, San Onofre era considerada como "la Waikiki californiana", un nombre que evoca la célebre playa hawaiana; el cielo en la tierra en la imaginación surfera. En la imagen, una jornada de surf en 1963.

**A** firman los historiadores que el surf –cabalgar sobre las olas del mar en una tabla, un deporte de creciente popularidad en Occidente– tuvo su origen en Hawai hace cientos de años. En unas islas pobladas por nativos de piel morena que vivían felices al amparo de un benigno clima tropical, ocupados en hacer el amor y en otras actividades precisas

para su supervivencia, los varones hawaianos, muy probablemente, se valían de troncos de árboles para deslizarse sobre las suaves olas que, con incomparable languidez, bañaban sus costas.

Algunos historiadores aún más románticos llegan a asegurar que una reina hawaiana cabalgó en cierta ocasión sobre las olas con los pechos desnudos, sugeriendo teoría ésta que nunca ha sido corroborada. ¿Y por qué no? ¿Acaso no se veían también de cuando en cuando surfistas en *top less* en la Côte Basque? No era sino un entretenimiento, o un deporte si se quiere, que les ayudaba a sobrellevar los cálidos días de sol de buena parte del año. ¡Hasta que llegó el hombre blanco!

En un principio vinieron los comerciantes, y después, cómo no, los turistas, una especie no menos peligrosa cuando se la introduce sin previo aviso en una sociedad primitiva. Los nativos no tardaron en darse cuenta que enseñarles a los invasores las provocativas danzas locales, el *hula* y demás bailes, podía reportarles dinero, como tampoco tardaron los varones más atléticos en comprender la rentabilidad de adiestrar a esos mismos turistas en el arte de deslizarse sobre las suaves olas. Con el tiempo, los carpinteros hawaianos refinaron enormemente aquellos troncos hasta convertirlos en objetos flotantes huecos, semejantes a una embarcación de cuatro metros de longitud y unos 25 kilos de peso.



Una vez que se tenían las tablas en el agua no había problema, pero arrastrarlas desde la playa hasta el mar requería del físico de un Tarzán, poco frecuente entre los no isleños. Así, durante años, el *hula* fue el único bien cultural en exportarse de las islas, junto con piñas y cocos.

**Un ingenioso yanqui descubrió que** con un revestimiento de madera de balsa podía fabricarse una tabla de surf de unos 15 kilos, según su tamaño: una tabla que un robusto varón caucásico bien podría arrastrar por la arena caliente de la playa. En el sur de la California de los primeros años de mi juventud, *beach boys*, adultos y demás alardeaban de su peripecia en Ma-

libú, que ya por entonces debía su fama a las gentes del cine, que residían en una colonia de casas alineadas a lo largo de su paseo marítimo.

En una cala cercana, las olas rompían con suavidad de izquierda a derecha, y, para sorpresa de todos, resultaban excelentes para la práctica del surf. La frialdad del agua disuadió a muchos famosos de iniciarse en tan duro deporte. El caso del actor Peter Lawford, que alcanzaría notoriedad tras casarse con una hermana del presidente Kennedy, es el único que me viene a la cabeza, aunque había entre los surfistas otros actores de menor renombre. Algunos de los retoños de esa "gente de Hollywood" se movían en los ambientes >

En una cala cercana a Malibú, las olas rompían con suavidad de izquierda a derecha

# La clientela del Malibu Inn cogía olas, se tumbaba al sol, comía queso y bebía vino barato

› del surf, entre ellos mi joven amigo Richard Zanuck, hijo del que por entonces era mi jefe, Darryl Zanuck, ni más ni menos que el vicepresidente de la 20th-Century Fox.

Dickie, que así le llamaban, era algo bajito, aunque de complexión atlética. Había ido a Hawai, pero no pudo entregarse al surf hasta que se diseñó la tabla de madera de balsa con revestimiento de fibra de vidrio o, a la postre, la *blank*, de espuma de poliuretano. Una tabla de surf de tales características pesaba unos 12 kilos, dependiendo de su longitud, y a un joven de normal constitución con ganas de pillar unas cuantas olas no le suponía grandes esfuerzos transportarla desde la carretera de la costa hasta el mar y cubrir una distancia que no pasaba de los 100 metros. Gracias a esta innovación llegó Richard a ser un consumado surfista, un logro del que poco orgullosos estaban sus padres, pues el Malibu Inn, el bar y restaurante próximo a la cala de Malibú, era para muchos "un nido de serpientes" por la reputación de su clientela, que, aparte de coger olas, poco más hacía que tumbarse al sol, comer queso y beber vino tinto barato.

**A mediados de la década de los cincuenta** convencí a Darryl Zanuck de que adquiriera los derechos cinematográficos de *Fiesta*, la novela de Hemingway. Una vez finalizado el guión se envió una segunda unidad para filmar los *sanfermines* de Pamplona, escenario principal de la novela y de mi guión. A Dick Zanuck, tras completar sus estudios universitarios, su padre le asignó la tarea de acompañar a dicha unidad como parte de su formación ›

**PASILLO PERFECTO. Un surfista anónimo en Pipeline, en 1970, dispuesto al 'tubo', a deslizarse bajo la bóveda de la ola.**

## Recuerdo haber visto en una casa en Malibú un 'graffiti' que decía: "¡Rezad por el surf!"

▷ con divertirme sin correr grandes riesgos, aunque en una ocasión un amigo hubo de ayudarme a salir del agua.

Mi mujer y mi familia se vieron por mí obligadas a viajar con una tabla de tres metros con su correspondiente funda de lona, un equipaje que no estaba precisamente bien visto por los empleados de las aerolíneas o por los maleteros del tren de aquel entonces. Hice surf en Hawai, Australia y México, y en California a mi regreso. Nunca fue para mí del todo una forma de vida, como ocurrió con algunos de mis amigos más jóvenes de Francia, España y California. Aún habría de pasar buena parte de mi tiempo ante la máquina de escribir. Pese a que no llegué a ser más que un surfista *vacacional*, sí que contribuí a difundir la fe. Mi entusiasmo resultó contagioso. Y cuando hoy regreso a Biarritz me asombra y alegra

ver cómo mi deporte preferido logra mantenerse frente al windsurf, el kite-surf y, cómo no, el golf, ese juego para masoquistas que en nada beneficia al cuerpo o a la mente. Un golfista, o un tenista, salvo en muy escasos instantes, jamás experimenta el sensual placer del que un surfista disfruta al deslizarse por la cara de una ola azul. Es como obtener una recompensa especial tras un esfuerzo físico, difícil de describir sin adentrarnos en territorios propios de la pornografía blanda. En nuestra cultura materialista, dominada por máquinas y artilugios, el surf constituye hoy una subcultura, una mística, una suerte de vínculo juvenil con la naturaleza. Cuanto un surfista necesita es cera para que resbale menos la tabla mojada, un traje de neopreno y, huelga que lo diga, olas. También precisa de un coche para llegar a la playa, una

baca para la tabla, un saco de dormir, dinero para comprar comida, bebida y crema para el sol... Pero nada es nunca tan simple como parece al principio; luego, claro está, afloran en el cuerpo y el alma humanos otros apetitos. Recuerdo haber visto, al volver a casa temprano una mañana, tras dejar a mi mujer en el estudio de cine donde trabajaba, un enorme *graffiti*, pintado en letras negras sobre la blanca fachada de una casa de Malibú, que decía: "¡Rezad por el surf!". Debajo, en letras rojas de mayor tamaño, un gracioso había añadido: "¡Rezad por el sexo! ¡Ocasiones para el surf nunca faltan!". ●

Traducción de Carmen Acuña Partal y Marcos Rodríguez Espinosa.

✦ *'LeRoy Grannis. Surf photography of the 1960s and 1970s' está editado por Taschen en una tirada limitada a 1.000 copias para todo el mundo.*



**INTRÉPIDO.** LeRoy Grannis era capaz de todo en su búsqueda de la ola perfecta. Sobre la tabla y con una cámara anfibia, invento de Jacques Cousteau (derecha), o usando lentes especiales para lograr un 'efecto viñeta'.

### La mirada de salitre

Por **Iker Seisdedos**

LeRoy Grannis se subió por primera vez a una tabla en 1931, a los 14 años. Dos después de que Tom Blake, pionero de la fotografía surfera, construyese para su cámara Graflex una caja resistente al agua para fotografiar en Hawai y desde su tabla a otros jinetes de las olas. Cuando, en 1959, LeRoy, el padre de familia, comenzó a tomar las soleadas imágenes que se recopilan en el libro era un veterano surfista apodado Granny que emprendía, en el momento justo y en el sitio adecuado, una senda que habían abierto otros. Cuenta Steve Barilotti en el prólogo del libro que la fotografía era para Grannis un *hobby*, y la California

de los sesenta, el lugar en el que un puñado de jóvenes con enormes tablas iba a revolucionar un deporte de tradición hawaiana. Armado con una Pentax-S corroída por el salitre, Grannis, ya convertido en un trabajador de plantilla de la revista *International Surfing* (entre 1964 y 1971), nadó detrás de los primeros campeones para recoger sus logros, a menudo ayudado por ingenios subacuáticos inventados por Jacques Cousteau. Su trípode oxidado y su ceño fruncido eran sus señas de identidad. Y no sólo se interesó por lo estrictamente deportivo. También retrató a las novias de los chicos y el ambiente de las competiciones, y se dedicó a la publicidad relacionada con el surf, y contribuyó a hacer masiva una estética que hoy se ha convertido en un negocio millonario. ●